

LP 5
EDITORA

DURO DE

DAMARIS
CALDERÓN

ROER

*POESÍA
E ILUSTRACIÓN*



DURO DE ROER

© Duro de roer
© Damaris Calderón Campos
© Edición Digital, 2020
© Edición original: Ediciones Las dos Fridas, Santiago 1999.

LP5 Editora
Colección de Poesía para descargar

Portada y diagramación: Gladys Mendía
Ilustraciones por Damaris Calderón Campos

Duro de roer de Damaris Calderón Campos
está publicada bajo la licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
4.0 Internacional License.

Fox Island, WA, USA, 2020



DURO DE ROER

Damaris Calderón Campos

Digo lo que tengo que decir sin literatura.

Clarice Lispector

Hasta la desesperación requiere un cierto orden. Si pongo un número contra un muro y lo ametrallo soy un individuo responsable: Le he quitado un elemento peligroso a la realidad(...) Volviendo a la desesperación: una desesperación auténtica no se consigue de la noche a la mañana. Hay quienes necesitan toda una vida para obtenerla. No hablemos de esa pequeña desesperación que se enciende y se apaga como una luciérnaga (...) Y ya con esto hemos avanzado algo. Hemos aprendido a perder conservando una postura sólida y creemos en la eficacia de una desesperación permanente.

Blanca Varela

DURO DE ROER

Hasta la quebradura de las rodillas sus huesos habían sido siempre domésticos. Como los huesos de pollo que había visto en el caldo, en la sopa, cloqueando en el corral, antes de terminar triturados en los dientes del padre.

_ Guárdame este hueso como hueso santo.

Y se sentaba en el portal, a chuparlos, comparándolos con las propias falanges. Y si le salía un orzuelo, el tío milagrero lo curaba con una peseta caliente o con un mate, y si una verruga, con la cruz de un hueso, que había que enterrar en el patio, para que se pudriera. Como los otros.

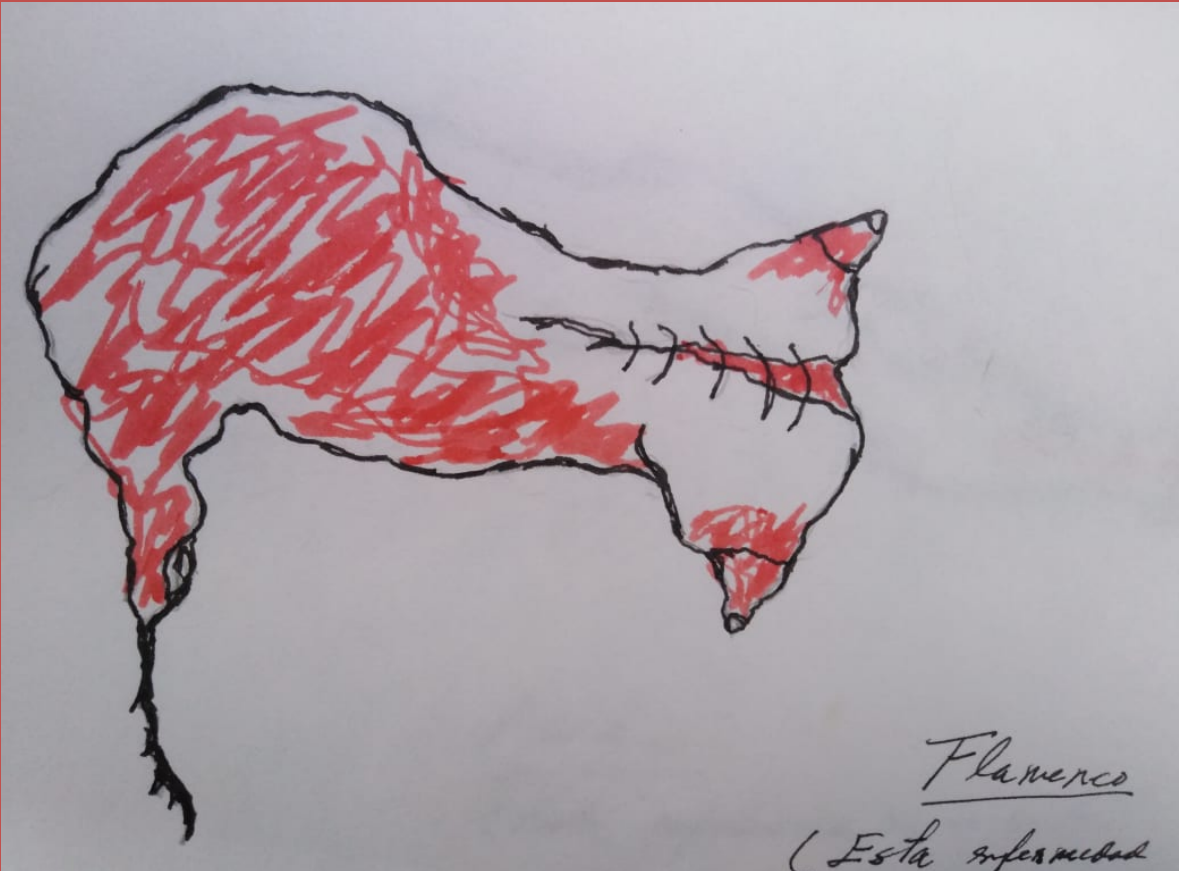
La abuela se pudrió y quiso verlos a todos.

Un racimo de plátanos para consuelo de una vieja: una familia.

Hasta que las rodillas se volvieron locas o se enfermaron de rabia y empezaron a morder lo que se les pusiera por delante. Y hubo que quitarle el bozal al perro y ponérselo en las piernas.

Luego los huesos escaparon de casa, cogieron su propio rumbo.

Y su vida fue simple, descarnada. Como una articulación.



Flamenco
(Esta enfermedad)

EL HILO

Trato de contar esta historia como mi madre usa el hilo.

Mi madre enrolla el carretel en su dedo izquierdo, corta la hebra con los dientes y la puntada fluye. Pero mi historia se parte y antes entrara el rico y el camello por el ojo de una aguja.

Como en la foto desvaída, siempre tengo un año y mi madre veintinueve, inclinada sobre mí, con el pelo cayéndole sobre la cara. La belleza de mi madre es de una identidad dolorosa.

Pero las enfermeras llegan y me salvan _ a mí, para mi madre_ del cierre del cordón umbilical.

Llamo historia al desgarrón para distanciarme. Mantengo la distancia precisa entre el agua y el hilo, lo que va de una niña de un año a una anciana de veintinueve.

Trato de contar esta historia como mi madre.

Mi madre enrolla el carretel en su dedo izquierdo, corta la hebra con los dientes y la puntada fluye. Pero mi historia se parte, y antes entrara el rico y el camello por el ojo de la aguja.

PAREDES

Las paredes indican nuestra posición de verticalidad.

La superioridad de la especie.

Yo soy el homo sapiens (lo leí en una parte antes de estar entre estas paredes).

No son comestibles como en los cuentos de infancia, aunque se puede rumiarlas toda la noche.

Las paredes son un símbolo de vida. Erguidas.

Como la tumba, horizontal, es un símbolo de muerte.

Y el hecho de que podamos engendrar de pie o acostados demuestra nuestro albedrío.

Hermosas como el espectro solar, las paredes van de la gama de la privacidad, la protección, al encierro.

No se debe desesperar de estar entre ellas.

Yo soy un hombre honesto. No tengo trastiendas. Tengo paredes.

Y las paredes (como ya he dicho antes) sólo indican nuestra ambición de verticalidad.

LENGUA Y VERDUDO

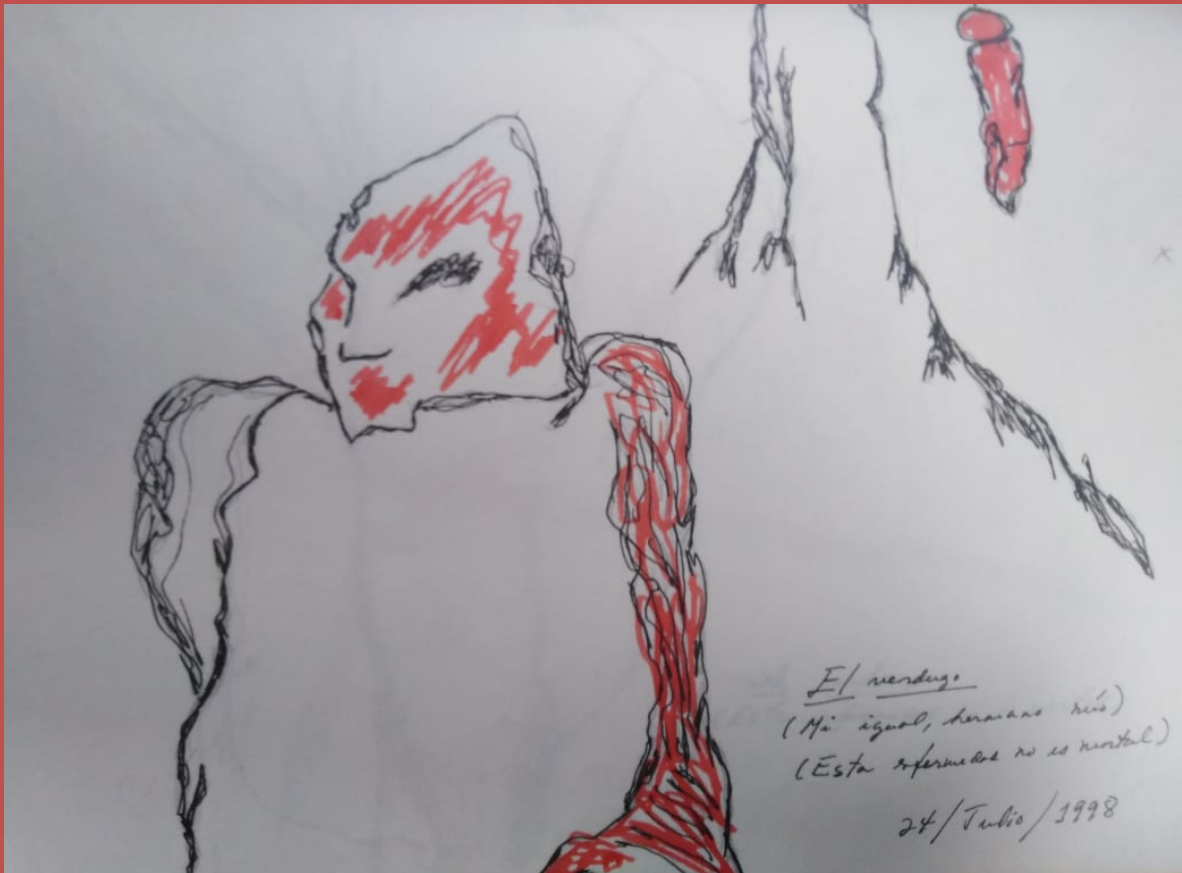
Entre el verdugo y la lengua hay una serie de relaciones.

Entre la lengua, natural, y el verdugo, antinatural, existe, como en la sangre, un sistema de vasos comunicantes.

La lengua, como el verdugo, no es homogénea ni unitaria (un verdugo está hecho de todos los pedazos de sus víctimas, además de los suyos). En ambos, fatalmente, no hay solución de continuidad. Por razones obvias, el verdugo prefiere siempre las lenguas muertas, aunque en los restos de las lenguas habladas (y las reconstruidas) es posible encontrar la misma ceniza que en la ropa del verdugo.

En lo que se refiere a su brutalidad, el verdugo no es un sistema, sino un conjunto de sistemas, opera por selección, prefiriendo la expresividad a la comunicación y es anónimo, como la mejor literatura.

El hecho (la hipótesis) de la existencia de una lengua madre, de cuyas ramas se derivaría un tronco común, sólo facilita (qué duda cabe) la tarea del verdugo.



El verdugo
(Mi igual, hermano mío)
(Esta enfermedad no es mental)
24/Tulio/1998

VOCABLOS

Yo no era un médico rural y habían venido a buscarme.

No sé si habían venido para que sanara o para que fuese sanado.

Las sílabas levantaban las patas sobre la mesa y no se avanzaba un centímetro. No importaba tampoco avanzar. “Hubo un tiempo en que las palabras y las cosas...” “Hubo un tiempo en que el hombre y la naturaleza...” El médico que había en mí, tomaba el bisturí y cortaba; el paciente que había en mí, se sometía con la docilidad de un guante doblado. Arrojaba el guante a la espera del reto y sólo aparecían vocablos. Los vocablos no daban en el blanco y se alejaban como venablos cabizbajos. Las sílabas doblaron las patas, sujetas a la caballeriza, pues no había herida que sanar ni viaje alguno que emprender.

TENEDOR Y CARNE

La carne es otra superstición. Lo digo yo, un místico, que ha visto el mundo como deglución, como un proceso digestivo de Dios y los hombres: “Hambre tenemos, filosóficos andamos”.

En sucesivas revelaciones se me ha mostrado Dios aguzando, pinchando a su criatura. He visto el movimiento del tenedor hundiéndose en la carne con cierta muestra de deseo y un vago remordimiento.

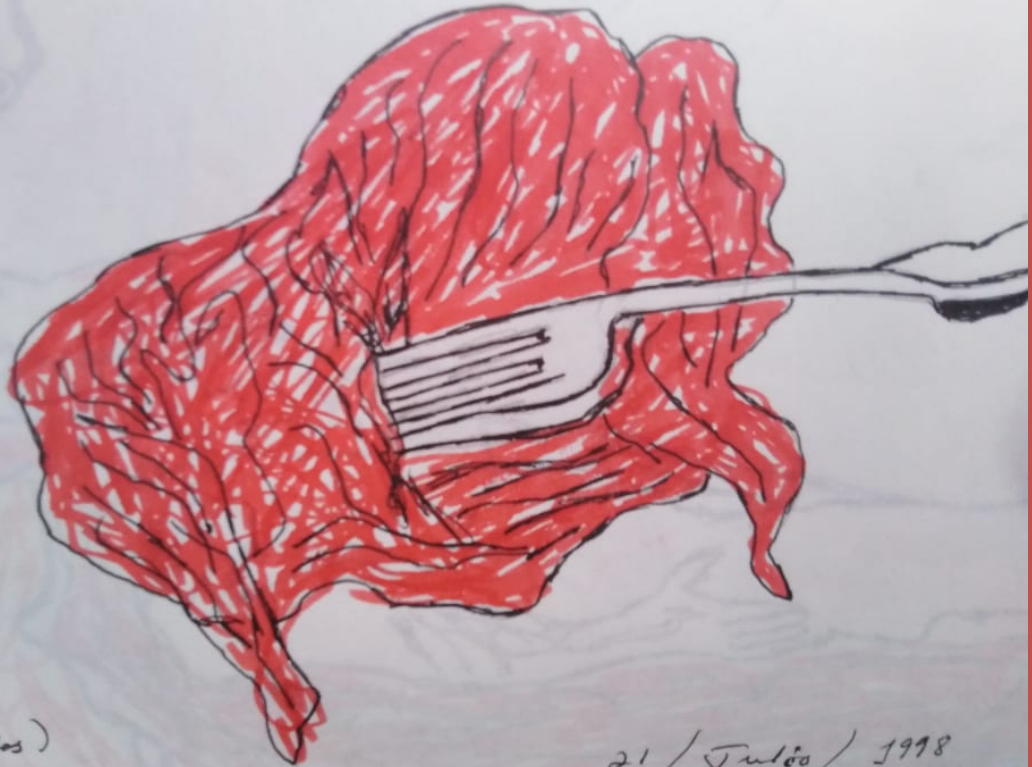
La carne succionada, herida, flagelada, redimida, es una crisálida: en ella avanza el gusano. Como en un ascensor cerrado, por la carne ascendemos y descendemos. Lo digo yo, hundiendo el tenedor.

Los pueblos más disímiles, las culturas más diversas, no han podido sustraerse al influjo de la carne, ya sea exaltándola, ya sea reprimiéndola.

Los griegos, que lo inventaron todo, incluso la ficción de ser griegos, nos han dotado de precisas y hermosas etimologías, duras de masticar.

Por ejemplo, la palabra sarcófago, que explicaría este proceso de deglución.

Sarcos: carne, y fago: comer. De ahí el implacable ataúd que conduce al occiso (el fiambre) hasta su última morada.



carne
(reprimidos)
(firmeza no es mortal)

21 / Julio / 1998

EL ASESINO

El asesino es un bello animal socrático, pero al revés.

Si Sócrates reprimía sus impulsos, el asesino, con diafanidad, los saca a la luz. El no vela por su alma, sino por las nuestras.

Todos los Estados saben que las coartadas del asesino son nuestras coartadas, que él asume generosamente.

El asesino es así el elemento estabilizador de la comunidad, la pieza que nos permite creer en ese refinamiento supremo de la crueldad: la cultura: (Nietzsche).

Cuando las noticias de la prensa vienen manchadas de sangre, la mano tiembla, la leche se derrama. Como tigres alimentados con zanahorias, sentimos que el asesino redime la especie.

Nuestros impulsos, nuestros apetitos, nuestras latencias, son ejecutadas por la mano del asesino.

¿Qué sería de nosotros sin el asesino?

Gracias al asesino podemos descansar en paz.

Somos civilizados. Repudiamos la pena de muerte.

LAS ASTUTAS DE BLANCO

Caminan en puntillas para mover a la condescendencia,
a la obediencia voluntaria. Son rollizas, delgadas.

Una prueba de su sagacidad: la delgadez inspira severidad,
resolución; la gordura, en cambio, placidez, buen humor,
ternura, características todas bovinas.

Las astutas de blanco pastan en los prados del señor.

Luego vomitan un líquido verde que nos inyectan como antídoto.

Nos consideran sus pacientes.

Phatos: padecer con las astutas por lo que las astutas no padecen.

Somos su sensibilidad.

Despojadas del vuelo, con las alas cortadas bajo la cofia, nos
miran atravesar los cristales: Luego nos sujetan con amigables
gestos de reproche.

Como Dios tasa los pecados, las astutas miden la orina, la sangre,
los excrementos, los sudores que segregamos. Saben lo que comemos,
lo que pensamos, lo que cagamos, las astutas.

En la noche, *cuando todas las formas alcanzan su vacío*, se las oye
revolcarse y graznar.

LA ASCENSIÓN

Cuando Juana perdió la cabeza no había escuchado ninguna voz sobrehumana ni dirigido otros ejércitos que ella misma (tarea más ardua que restituir el trono a un Delfín).

Estaba en el granero, y después en los árboles, cantando, y después en el arcoiris. Y tuvieron que tumbarla a perdigones.

Y cuando la cabeza cayó, por un lado, y el cuerpo por otro, cada uno quiso seguir su propio camino. La cabeza se declaró territorio autónomo y el cuerpo decidió entregarse por entero a su corporeidad.

Mientras la cabeza rodaba pensaba en todo lo que le había sido impedido mientras estuvo sujeta a un cuello y a unos hombros. Caía, se reía y cantaba. Y no para trascender a la muerte, sino de puras ganas, porque sí, al tiempo que le mentaba la madre al cuerpo, al que se llevaban sujeto con una esplendente camisa blanca, la camisa más blanca que le habían puesto en su vida, un poco estafalaria, rigurosamente atada por detrás.

Y YO NO SOY Y YO NO SOY Y YO NO SOY

Con la cabeza apoyada en el hacha

y la mano apoyada en la cabeza

(y yo no soy y yo no soy y yo no soy)

sin saber cuál de las dos es más superflua

bajando en una yegua a tropezones:

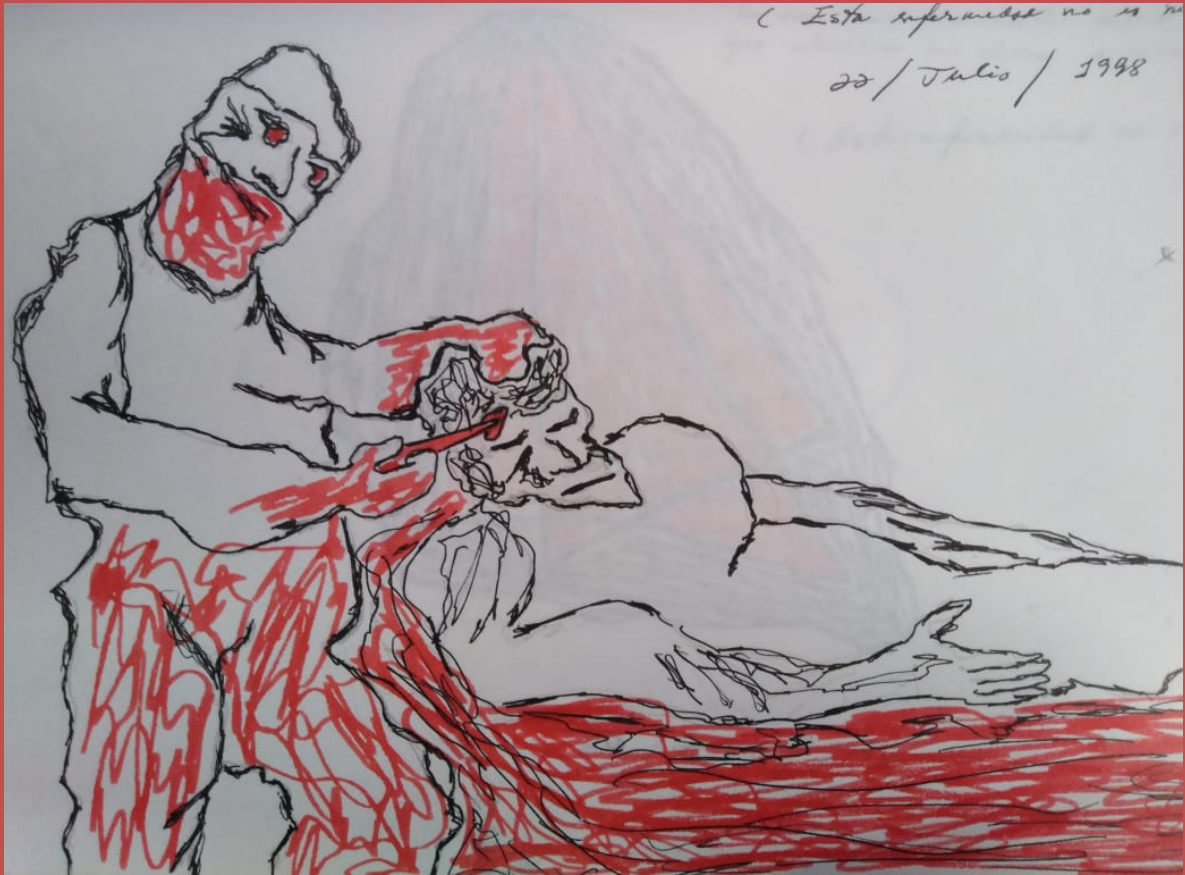
Memento mori.

(Y yo no soy y yo no soy y yo no soy).

Con el gusano labrándome el costado

y las sobras del día reteniéndome.

Como a cualquier hijo pródigo.



LAS ALUCINACIONES EN EL METRO

Se toma el metro cuando no hay donde ir.

Cuando no se espera nada. Las estaciones
reclusas carcelarias cambian de uniforme.

Se avanza. No se avanza.

El oficial golpea el puño contra la mesa.

La velocidad es un método correctivo.

La velocidad es lo que te saca *el mundo interior*
del *mundo exterior del mundo interior*.

La VE-LO-CI-DAD demuestra lo que te separa
de la flecha de Zenón de Elea y...Si alguna vez
se llega a descender no se sabrá nunca
por qué nos atragantamos con el raíl de sangre
como con una frase punzante deslizada en la mesa.

EL CAMINO DE SU VIDA (Y EL DE BAJADA)

La mujer metió los pies en el agua, a ver si se corrompía,
como el pescado muerto que cercaba toda la orilla.

La playa estaba infectada de perros. De gaviotas de buche
traga-traga. Los perros iban y venían levantando
polvaredas de arena.

Hasta que apareció uno, astroso, cayéndose sobre sus patas,
y como si supiera el sitio que le correspondía, se enterró él
mismo en un hoyo.

Las olas estaban altas, la mujer era baja.

La línea era imprecisa, franqueable.

La mujer se hundió con resolución, despreciando el agua,
con el crujido de las almas secas.

BOCANADA

A la vieja le gustaba autocompadecerse.

Prefería el otoño.

Se comparaba con los árboles secos,

sin hojas ni ramas.

—Pero tengo un pasado. Una moneda para cruzar el foso.

La vieja estaba sola, como era de rigor.

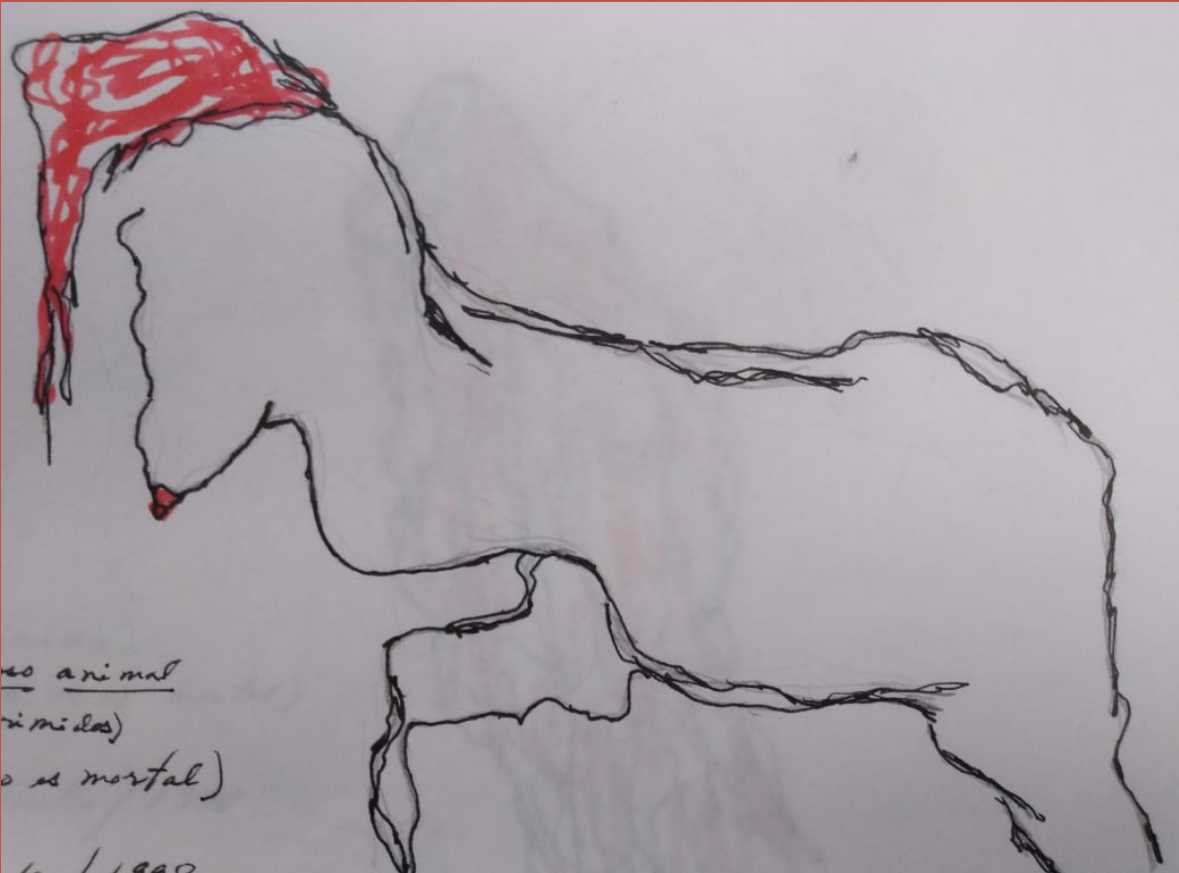
Una vieja y un perro no hacen un hombre,

sino otra especie aparte.

Caminaba en círculos.

Sin pie ni mano alguno que llevarse a la boca,

a veces se atrevía a respirar.



so animal
(similes)
(o es mortal)

1/1990

RATA EN LA LECHE

La mujer dijo: –Nunca lo he hecho antes.

Y yo: –Será como la primera vez.

La mujer: –El como está de más.

Yo: –Será la primera vez.

La mujer tenía los pezones duros y fríos. Metálicos (una bala en la boca).

Cuando la mujer se abrió de piernas se vio un boquete profundo, de metralla.

Imploraba unos dedos para palpar la herida.

–Te pareces tanto a él. Mi perro. Mi recluta castrado.

Tenía una jerga militar que impelía a la obediencia ciega.

–¿Te acuerdas de aquella película de Elizabeth Taylor, en que ella daba vueltas y vueltas como una rata sobre la leche y no se ahogaba? Elizabeth Taylor, sí, esa rata con las tetas menos caídas. Los diálogos ni siquiera son como flautas de aire: a través de ellos no pasa nada, ni el viento. No producen ningún sonido.

La mujer, sonora, dijo otra vez mirando al techo:

–Nunca lo había hecho antes. Estoy vacía y nada me modifica.

Pude largarme o golpearla, pero me volví a tender sobre su cuerpo lácteo, girando sobre la leche. ¿Quién puede resistirse a la blancura mezquina y a la opresión de una bala en la boca?

PLAZA PÚBLICA

–Currucucú- dijo la vieja y la paloma la miró con ojo torvo.

Demasiadas veces habían intentado sobornarla con migajas de pan y, lo que era peor, con palomitas de maíz. No era un animal gregario, que no la confundieran con una vaca. Si bajaba a veces con las otras era por pura casualidad. Prefería andar sola. Misántropa, sabía que era misántropa y no le importaba.

–Currucucú, currucucú...

(La vieja otra vez, haciendo gestos grotescos para que se acercara).

La paloma comenzó a mirar a la vieja y vio que tenía dos patas, dos muñones y un pico curvo que se sonaba constantemente.

–Currucucú, currucucú...

La paloma pensó que la vieja a lo mejor estaba loca, o sola (que es lo mismo), que tal vez tenía hambre o creía en esa falacia en que ella aparecía como símbolo de la paz universal o algo así y le procuraría algún sosiego.

Por un momento sus ojos se encontraron. La paloma no estaba hecha a la conmiseración. Levantó el vuelo y dejó caer una cagada heráldica, que la vieja

interpretó como una señal.

FAUNA

La vieja entró cojeando al zoológico. A ver todo lo que vuela, nada, reptá, se arrastra. Las cosas que ella alguna vez había sido y había ido dejando de ser. Empezó, naturalmente, por los monos. Igual que los otros, que chillaban frente a las jaulas, reclamando por la pereza de sus antepasados.

Los monos proletarios, sudando sus camisas, para llevar a sus hijos a verlos los fines de semana.

Siguió hasta la jaula del tigre, obeso como una matrona, posando para las cámaras de los turistas.

Las tortugas estaban hechas de tierra compacta, fundidas con la arena y no tenían agua, excepto en los ojos.

En la jaula del león no había nadie. Ni un rugido. Y el hedor de la domesticación.

Pero qué reconfortante el domingo de este lado que era el otro lado.

La vieja salió del zoológico cojeando. Caminando con dificultad.

Cuidadosa de la cadena que la tenía bien sujeta.

NO OTRA COSA QUE UN HOMBRE

Yazaf Matius era un pequeño judío. Ni próspero ni codicioso, como suelen ser los judíos (o como se cree que suelen ser los judíos).

Había tenido padre y madre antes de los campos.

Luego había aprendido a metamorfosearse, a adquirir ese aspecto camaleónico imprescindible para la supervivencia. No había llegado nunca hasta el Muro de Los Lamentos a dejarle una tablilla a Dios, aunque más de una vez se había golpeado la cabeza contra la almohada.

Caminaba de lado. Se encorvaba. Llevaba su condición con una muestra de pudor y orgullo.

Yazaf Matius estaba en tierra extraña. (Todas las tierras son provisorias).

Y no había visto nunca a Dios en un árbol (como Blake) pero sabía que, aun en él, estaba Dios como una semilla.

Yazaf Mattius quería saber por qué en los crematorios sus padres no habían tenido la misma suerte que la zarza de Moisés, que ardía y no se consumía.

Estaba lleno de accesos, de preguntas. Para disminuir su ardor, paleaba nieve.

Y cuando bajaba o subía las escaleras de la casa ajena, pensaba siempre en la escala de Jacob.

Un día no pudo más en su combate contra el ángel. Y los que se animaron a empujar la puerta, no encontraron otra cosa que un hombre, delirando entre un yiddish rudimentario y el régimen alimenticio de la Torá.

EL MISERABLE

Era su único patrimonio familiar, dijo con cierta violencia, sin que le temblara el labio inferior.

Quizás la palabra *familiar* debía ser suprimida, quizás el enfático *único* dotaba a su heredad de cierta ambivalencia, no sabía si de pobreza o esplendor.

Alcanzó a comprender en el momento en que, pronunciándolo, acabó de ser despojado.

EN LAS CONVERSACIONES

En las conversaciones, como en los bolsillos,
las cosas se extravían.

ALUMBRAMIENTO

El niño debería estar muerto. No se escuchaba ningún sonido.

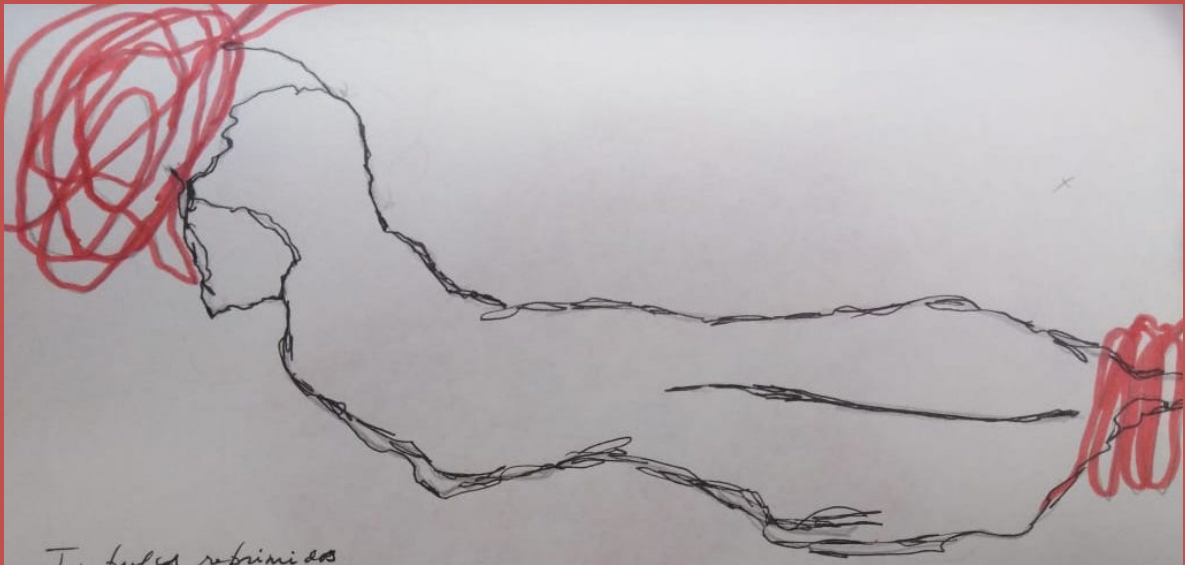
Ni zumbido de mosca ni ruido de líquido alguno. Bolsa amniótica.

Rompió aguas, lo expulsó de la bolsa. Antes había robado bolsas en los supermercados, como el niño se la comía a ella.

Los hijos del alacrán hembra se devoraban a la madre, pensó tocándose las tetas.

El bulto (el niño) era una presencia que la intimidaba. Podría golpearlo con un almohadón si al menos se hiciera sentir: donde debía haber un hilo de baba, había un hilo de luna.

Si tuviera unas patas de insecto, la aliviaría. Empezó a tejer con las piernas abiertas, mitigando el hueco por donde había asomado la cabeza minutos antes.



Impulsos reprimidos
(con cadáveres)
(¿Esta no es una enfermedad mortal?)

21 / Julio / 1998

LOS HERMANOS (KARAMAZOV KARAMAZOV)

Sin la necesidad del Mal (o “la ausencia del Bien”), no existiría nuestra imperiosidad de redención.

Además, hasta los santos hieden.

LA INTENSIDAD

Eva Kruger tenía un nombre y unas tetas indudablemente alemanas.

Un cuerpo, unos dientes fuertes y una cabeza y unas manos que gesticulaban con vehemencia. Un nombre para el amor (o para el pecado), sin embargo, su rostro mostraba siempre la impasibilidad de un asceta o un idiota.

No era ninguna de las dos cosas, pero algo le faltaba: la intensidad.

La había visto en los ojos de los otros: los hombres y las bestias, y se sentía un monstruo, un animal sin especie definida.

Cuando se acostaba con su marido, a cuatro patas, como veía hacerlo a los caballos en el establo, resoplaba como una yegua. Pero era el dolor. No la intensidad.

¿Sería la intensidad tragarse el cielo a bocanadas, acostada en la yerba, mirando el techo de su cuarto como si las cuatro paredes no existieran?

Y cuando se cortaba un dedo y aparecía la sangre, pensaba: La intensidad, pero tampoco.

Ni siquiera cuando estuvo en el hospital y las agujas entraban y salían de su cuerpo como las enfermeras de las habitaciones. Ni cuando le dijo a su marido: –Ponme la mano en el cuello y le dio un ataque de asfasia, y vinieron los doctores y el oxígeno, y ella pensaba: “¡ Qué alegría, me muero!

Nunca hasta hoy respiré, nunca hasta hoy tuve pulmones”. Pero era una placidez, una vehemencia alucinada, no la intensidad.

De tanto buscarla, de tanto convocarla con gestos premeditados, Eva Kruger

se había vuelto insensible. Lo que era peor que lisiada o anorgásmica.

–Dios mío, quítamelo todo, pero déjame sentir, déjame sentirme.

Cuando leía a los místicos perdía literalmente la cabeza: Santa Teresa y San Juan eran casi obscenos. Y Santa Hildegarda, con sus visiones. ¿Pero era la intensidad, o era literatura?

Se le secaron las palabras, se le secó el gusto por la vida, se le secaron las tetas, al punto que ya no era reconocible su nacionalidad.

Cuando la encontraron con los ojos en blanco, echando espuma por la boca, todavía no había alcanzado a comprender la ambicionada (y detestada) frase de Santa Catalina de Génova: “Si una gota de lo que yo siento cayera en el infierno, lo transformaría en el paraíso”.

EL GRAN DORMITORIO

Le habían dicho que era un gran dormitorio aunque no podía mover la cabeza un milímetro. A mayor intensidad de la cabeza, mayor radio del gran dormitorio.

Había dibujado una línea y algo que podía ser un árbol.

Le inyectaron palabras intravenosas: “Es preferible que duerma a que sufra, y si no sufre, que duerma”. El cuerpo se echó a temblar y la lámpara materna se volcó.

¿Los pájaros pían llevando el verano en las patas?

Fronterizo. Vaciado en su sopor, le inyectaron palabras intravenosas.

A menor radio, mayor intensidad.

Los pájaros escaparon con la cabeza a cuestras.

EL INFIERNO OTRA VEZ

Una habitación vacía, una habitación a puertas cerradas
donde la gente se pateas, una puerta clausurada, un abismo
donde al fin descansar, un aro en llamas por donde se hace
saltar a los leones del circo.

PIEZA DE HOTEL

(ESPERANDO A GODOT)

El hombre : ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

La mujer: No sé, una eternidad, un minuto. El tiempo es subjetivo, ¿lo sabías?

El hombre: No tengo tiempo para pensar en esas cosas.

La mujer: Entre las cosas y nosotros hay una relación perversa: nunca se sabe si nos pertenecen o les pertenecemos.

El hombre: Quisiera arrancarte la falda y metértela ya.

La mujer: No es posible, estamos esperando a Godot.

El hombre: Godot, meter, esperar. ¿Cómo se conjugan?

La mujer: Podrías mostrarme el sexo mientras tanto.

El hombre: No puedo. Te entusiasmarías.

La mujer: El entusiasmo está tan lejos de mí como kilómetros distan del Sahara.

El hombre: Entonces te lo muestro.

La mujer: ¿Era todo?

El hombre: Podría chuparte los pechos.

La mujer: Bueno, para ir haciendo tiempo...

El hombre: ¿Y si no viniera Godot?

La mujer: Vendrá. Prometió que vendría y nos dejó una nota en la recepción del hotel.

El hombre: Pero esto ya fue escrito por otro y dos tipos se volvieron locos

esperando a Godot.

La mujer: Incredulidad. Poca fe. En cuanto aparezca Godot, aparecerá el deseo.

El hombre: Podríamos fingir una gran pasión: me tiraría sobre ti, te rompería las ropas, te mordería...

La mujer: Podríamos. A lo mejor Godot se entusiasma.

El hombre: A lo mejor ahora mismo nos está mirando por el ojo de la cerradura.

La mujer: Fíjate.

El hombre: (Desencantado): Nadie nos mira.

La mujer: A lo mejor está esperando que la cosa se ponga caliente para entrar y tomar parte en el asunto.

El hombre: Hagamos como que lo hacemos.

La mujer: Hagámoslo.

(Se revuelcan sin ganas y vuelven a sus posturas anteriores, desanimados).

La mujer: No funciona. Sin Godot no funciona.

El hombre: ¿Tú crees que Godot la tenga más grande que yo?

La mujer: Cuando venga Godot verás lo que es la apetencia y el deseo.

Sutil. Sin que se le infle esa cosa, como a ti.

El hombre: (Desinflado): ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

La mujer: No sé. Un minuto, una eternidad. ¿No sabías que el tiempo es cíclico, circular, como la soga en el cuello de un ahorcado?

El hombre: No pienso ahorcarme. Ni siquiera por Godot.

La mujer: No es necesario. Sólo se trata de una cuestión de paciencia.

El hombre: ¿Y si no viene?

La mujer: Vendrá.

El hombre: ¿Y si o viene hoy?

La mujer: Volveremos mañana y pasado mañana y el día siguiente y continuaremos simulando que tenemos un Godot que esperar.

UN POCO DE NADA

He dado vueltas hasta aquí olfateando como un perro.

He seguido un rastro, orinado junto a un poste y, para escándalo de los que no me reconocen, he intentado morder a una gorda.

La gorda estaba en una carnicería, comprando su propia carne, en pedazos de un cerdo bien distribuido.

–Puerca vida– dijo la gorda, y el cerdo pareció asentir, con la cabeza deliberadamente metida entre las patas.

Ambos eran de un color rosáceo insoportable.

Hasta aquí yo había sido un perro, un can doméstico, hecho a los silbidos y las caricias del amo. Conforme con el golpe correctivo y la mano gratificadora (un poco de nada).

Lector de Pavlov, segregaba cuando me correspondía: estímulo, le llaman en el mundo animal y en la sociedad civil, esos dos órdenes separados por fronteras ilusorias.

Podría pasarme toda la noche girando en círculos, como un filósofo tratando de morderse la cola para extraer una verdad, una astilla (un poco de nada).

Pero no soy un filósofo sino un perro escéptico.

Mañana (habrá un mañana) como el asesino al lugar del crimen, volveré a la misma carnicería. La misma gorda estará en la carnicería comprando su propia carne en pedazos de un cerdo bien distribuido, avergonzado, con

la cabeza deliberadamente metida entre las patas.

–Puerca vida– dirá la gorda.

Y asentiremos los tres.

NOTA DE LA AUTORA

LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTE LIBRO, FUE PUBLICADA POR LA EDITORIAL EDICIONES LAS DOS FRIDAS, EN SANTIAGO DE CHILE, EN 1999. LA PRESENTE VERSIÓN HA SIDO REVISADA Y CORREGIDA POR LA AUTORA PARA ESTA PUBLICACIÓN.



Damaris Calderón Campos (La Habana, Cuba 1967)

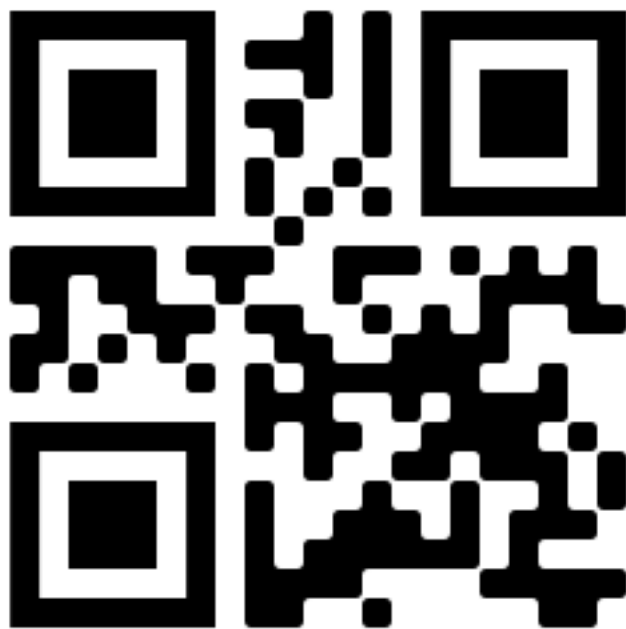
Poeta, narradora y ensayista. Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Magíster por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), Santiago de Chile. Ha publicado los poemarios: "Con el terror del equilibrista", Edic. Matanzas, Cuba; "Duras aguas del trópico", Edic. Matanzas, Cuba; "Se adivina un país" Edic. UNEAC, La Habana, Cuba; "Guijarros" 1ra Edición "El Túnel", La Habana, Cuba, 2da Edic. RIL Ediciones, 1997, Santiago de Chile; "Duro de roer", Edic. Las Dos Fridas, Santiago de Chile, (2da. Edición, Ediciones Unión, La Habana, Cuba); "Babosas: dejando mi propio rastro", Edic. Las Dos Fridas, Santiago de Chile; "Sílabas. Ecce Homo" (1ra Edic. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2da Edic. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba); "Parloteo de Sombra", Edic. Vigía, Matanzas, Cuba y "Los amores del mal", El billar de Lucrecia, México, 2006. Poemas suyos aparecen incluidos en diversas antologías sobre poesía cubana y latinoamericana actual. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, al holandés, al portugués, al francés y al servo-croata. Obtuvo varios premios nacionales dentro de Cuba, entre ellos, el premio de poesía de la revista Revolución y Cultura, Premio el Joven Poeta y el premio Ismaelillo de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. En 1999 obtiene el premio de poesía del diario El Mercurio, Santiago de Chile. Ha obtenido dos veces la beca de Creación del Fondo del libro y la lectura en Santiago de Chile. En 2011 obtiene una beca Simón Guggenheim en poesía y en 2014 le es concedido el Premio Altazor y el Premio a la mejor obra publicada en Chile por su libro "Las pulsaciones de la derrota". En 2019 recibe el Premio Pablo Neruda por la trayectoria a su trabajo poético.



<http://lp5.cl/>

<http://lp5blog.blogspot.com>

<https://lp5editora.blogspot.com/>



LP 5
EDITORIA



P O E S Í A P A R A D E S C A R G A R